



severidad de las leyes y de la fuerza de las preocupaciones; pero que evita por largo tiempo las irrupciones de la multitud. Tales restricciones, si bien totalmente artificiales, no han cesado nunca entre algunos pueblos; sin embargo, como todas las instituciones humanas deben ceder á la fuerza del tiempo, observemos lo que acaecería en un estado de cosas en que el impulso de la naturaleza no conociese límites. Aquí estableceremos principios que nos servirán de guía más adelante, y que dependen de la proporción numérica de las razas confundidas entre sí, y de su respectiva distribución en el mismo territorio.

Comencemos por el caso en que la inclinación á la mezcla no encuentre obstáculos, y una raza forme un pequeñísimo número en comparación de otra. Sabemos cómo obra la naturaleza cuando la desproporción es grande; el tipo del pequeño número puede desaparecer enteramente. Crúcese un animal doméstico con otro de diversa raza; crúcese después el fruto de esta misma unión con un individuo de una de las razas puras; el nuevo producto se aproximará á estas últimas. Continúense los cruzamientos con el mismo principio hasta que el último producto vuelva á reproducir uno de los tipos primitivos, y se verá que esto acontece de ordinario á la cuarta generación; pues aunque puede suceder más pronto ó más tarde, y hasta no acaecer sino á la décimatercia generación, aquí no buscamos los extremos, sino lo que acontece ordinariamente. Por otra parte, tenemos datos positivos sobre lo que sucede en caso semejante en las razas humanas, y sabemos que las señales de los negros y de los blancos desaparecen hácia la cuarta ó quinta generación, conforme al resultado general que indicamos para los animales domésticos.

Este hecho perjudicaría á la indagación de las razas antiguas en las modernas, si se procurasen trazar todos los elementos que han formado una nación; mas cuando se trata de grandes masas, el exámen es mucho más fácil.

Supongamos ahora que, dada la igualdad de proporción entre una y otra raza, se hayan puesto obstáculos entre ellas; con mayor motivo el número más pequeño no habrá alterado

las formas del más grande; principio de suma importancia, de que haremos aplicación repetidas veces.

Supongamos las dos razas en igual número: para que se confundan en un solo tipo intermedio, se necesita que cada individuo de la una se enlace á uno de la otra; que cada uno tome gran parte en la fusión de los caracteres distintivos, ya que las gradaciones ligeras no alteran el tipo.

No queremos sostener que este equilibrio sea imposible; pero aun concediendo la posibilidad de tal igualdad, no debemos esperar que se realice en la esfera de los hechos. ¿Quién puede suponer que cada individuo de una raza se junte á otro de la otra? Semejantes uniones no podrían ser efecto de la libre elección, sino de la necesidad de obedecer al déspota más absoluto. Admitamos, sin embargo, que estas uniones se realizan; el pueblo no será más que una colección de esclavos; y para conocer cuál sería el fruto de su sumisión, examinemos lo que acontece con otros seres igualmente sometidos á la voluntad de un dominador.

Sabemos que diversas razas de animales se cruzan según la voluntad del hombre, y que el producto de tales uniones participa de una y otra estirpe, formando así un tipo nuevo, pero intermedio, y por lo tanto solo, distinto y particular; pues que no teniendo sino semejanzas parciales con aquellos de los cuales se deriva, no representa ni al uno ni al otro. Esto es conocido generalmente; hay hechos, sin embargo, que demuestran una tendencia diversa de la naturaleza. El señor Coladon, farmacéutico de Ginebra, para multiplicar los experimentos sobre el cruzamiento de las razas y extender nuestras ideas sobre esta materia, crió gran número de conejos blancos y grises, estudió atentamente sus costumbres, y encontró el medio de hacerlos engendrar cruzándolos. Comenzó entonces una larga serie de experimentos, uniéndolos siempre un conejo gris con uno blanco. ¿Qué resultado puede esperarse de esto? ¿Se creará acaso que obtuvo por este medio muchas variedades? No; cada individuo de los nuevos era, ó enteramente gris, ó enteramente blanco, con los otros caracteres de la raza pura. Este caso



nos prueba que los dos métodos diversos subsisten en la naturaleza, y que ninguno reina exclusivamente.

Cuando las razas se diferencian bastante, como cuando no son de la misma especie, por ejemplo el asno y el caballo, el perro y el lobo ó la zorra, su producto es constantemente mestizo; si por el contrario, hay poca diversidad, las uniones pueden reproducir los tipos puros primitivos. La misma tendencia existe en el hombre; pero continuemos penetrando en este asunto, no considerando todavía la cuestión sino en los animales.

Que la naturaleza confunda ó separe los tipos, es conforme á su marcha ordinaria, en la cual se observa que sus esfuerzos tienden alternativamente á ayudarse el uno al otro ó á combatirse, pues que se la encuentra siempre ocupada en producir, conservar ó destruir.

Examinando los hechos más de cerca, encontramos al presente la mayor uniformidad allí donde se nos había presentado á primera vista el mayor contraste. En el cruzamiento de las razas más distintas, el mestizo presenta un tipo diverso del de la madre, no obstante algunas conformidades. Cuando dos razas poco diferentes reproducen uno ú otro tipo primitivo, la madre da á luz un ser desemejante á ella. En la mezcla de las razas menos diferentes, la madre reproduce un ser de mayor semejanza á sí misma que en el primer caso; y aunque al parecer se aleja entonces de la tendencia más general de la naturaleza, que es la propagación de los mismos tipos, se conocería que se acerca más á ella todavía, si se considera esta tendencia bajo su verdadero aspecto.

En las clases inferiores de los animales, no se observa, por decirlo así, más que un sexo, ya que no hay distinciones entre los individuos en los órganos de la reproducción, y cada ser da vida á otro ser del todo semejante á sí mismo; no hay aquí, pues, sino procreación de un solo tipo. En los órdenes más elevados, dos sexos concurren á la formación de los individuos, que los reproducen; así la madre da á luz, ora uno formado á su propia imagen, ora otro hecho á semejanza del padre. Produce, pues, dos tipos distintos á pesar de su afinidad, y distin-

tos hasta tal punto, que el macho y la hembra de una misma especie difieren muchas veces entre sí más que de los individuos de especies no muy diversas, pero de igual sexo. Esto es tan cierto, que el macho y la hembra, en los animales cuyas costumbres no se había tenido ocasión de observar, han sido muchas veces colocados en una clase diversa, especialmente tratándose de insectos y de aves. Se ve, pues, que las observaciones de Coladon pertenecen á este orden de hechos, considerados en su generalidad, pues que la madre produce dos tipos, el uno de los cuales representa el de su propia raza, y el otro los caracteres físicos de la raza del padre.

Los mismos fenómenos acontecen en el hombre, y con las mismas condiciones. Las razas humanas que más se diferencian entre sí, producen mestizos; así el mulato se deriva de la unión de las razas blanca y negra. La otra observación de la reproducción de los dos tipos primitivos, cuando los padres pertenecen á dos variedades poco diversas entre sí, es menos manifiesta, pero no menos verdadera. El fenómeno no es constante; pero ¿qué importa? El cruzamiento produce ya la fusión, ya la separación de los tipos, de lo cual deducimos este principio fundamental, á saber: que cuando se mezclan pueblos de razas no muy diversas, aunque cada individuo de la una se enlace con un individuo de la otra, la nueva generación conservará los tipos primitivos.

Lo que principalmente tiende á conservarlos es la distribución geográfica de los pueblos de razas diversas en un mismo territorio, porque, ¿quién puede suponer una repartición de tal manera igual, que no se forme una multitud de grupos en que la una ó la otra de estas razas predominen en una gran proporción? Esta condición sola basta para impedir que los tipos primitivos queden totalmente destruidos.

Pero se dirá: «Muchos desaparecen también por el exterminio de las tribus.» Respondemos que á veces algunas poblaciones pueden caer bajo el hierro [enemigo, pero difícilmente una nación y particularmente una raza entera. Los guanchos desaparecieron, porque estaban confinados en pequeñas islas; y si los caribes han



dejado de existir en las islas de América, su raza subsiste todavía en el continente. No conocemos otros ejemplos ciertos de este género, porque no creemos en la opinión difundida entre los ingleses sobre la extincion de los antiguos bretones en el territorio conquistado por los sajones.

Para que un pueblo exterminase á una gran nacion, seria necesaria una larga perseverancia de crueldad y de rabia, que no existe en la naturaleza humana. Semejante proposicion sólo fué presentada y discutida cuando Gengis-Kan conquistó la China, como cuenta Abel Remusat.

Una nacion puede ser privada de grandes porciones de territorio; pero aun este hecho es extraordinariamente raro, y sólo los salvajes ofrecen ejemplo de él. Los de América han abandonado á los europeos vastas comarcas, y á primera vista se concibe, en efecto, que la mezcla de una y otra raza debia ser bastante difícil, á causa de la extrema incompatibilidad que existe entre ellas, porque un salvaje, ni posee nada, ni sabe nada, ni para nada es bueno; pero en la historia del antiguo continente no se trata de salvajes, sino de bárbaros, estos, de pueblos que tienen un principio de civilizacion.

El tener los bárbaros una industria, se opone á las emigraciones totales forzadas ó voluntarias, atento que los jefes que proponen una expedicion de conquista, no tienen poder ni influencia que basten á arrastrar tras sí una nacion entera. Cuando uno posee, se hace calculador, y no todos calculan del mismo modo.

Si, por el contrario, la nacion es invadida y vencida, el vencedor no trata de expulsar á la nacion entera; quiere terreno, especialmente si es nómada, y ahuyenta á una parte de los habitantes; pero como quiere tambien tributos, esclavos y auxiliares, conserva el resto de la poblacion. Entonces, algunos de los individuos de esta, impulsados por su amor á la independencia, abandonan el suelo pátrio, y los otros se ligan con los vencedores. Tales principios, deducidos del conocimiento de la naturaleza humana, están en general confirmados por la Historia.

Considerando las muchas y grandes vicisitudes por que han pasado los pueblos nómadas del Asia, parece que apenas debería encontrarse uno solo en su primitiva patria. Pero Abel Remusat, tratando de los pueblos tártaros, ha sabido encontrar las razas de algunos, cuando la Historia y las lenguas le ofrecian datos bastante claros para reconocerlos.

Por lo que respecta á la civilizacion, como causa de las alteraciones en las formas y en las proporciones de las razas humanas, su accion é influencia nos son completamente desconocidas. Por consiguiente, ni puede pretenderse ni negarse que imprima un nuevo carácter. Es posible que el tránsito del estado salvaje al civilizado produzca semejantes efectos; pero ta cuestion no nos compete, siendo aplicable únicamente á tiempos tan remotos y oscuros, que se hallan fuera de los límites de la Historia. La mitología y la fábula han podido presentarnos un cuadro imaginario, pero la Historia no nos ha mostrado nunca un pueblo primitivo en estado salvaje, que despues inventase ó aprendiese las artes. Acaso lo hará un dia, cuando los salvajes del Nuevo-Mundo se hayan sujetado á esta revolucion, la mayor que puede experimentar la sociedad humana.

En cuanto á los progresos de una civilizacion más adelantada, cuyos caracteres físicos estuviesen ya cambiados por haber abandonado la vida salvaje, sus efectos sobre las formas y sobre las proporciones no podian ser sino muy parciales; porque aquella se encuentra siempre difundida irregularmente en una nacion, y las clases inferiores, que son las más numerosas, participan poquísimo de ella. Este razonamiento os parecerá sin duda evidente; pero vamos á pasar todavía más adelante, ayudándonos de la observacion directa. En los puntos en que hemos logrado observar determinadamente uno ó más tipos, los hemos hallado en todas las clases de la sociedad, tanto en las ciudades como en los campos, entre los aldeanos como entre los obreros, entre los pobres é ignorantes, como entre las familias antiguas y distinguidas. Estas diversas clases representan todos los grados de civilizacion, y sin embargo, subsiste el mismo tipo en todas, lo que basta para



probar que puede conservarse intacto, á pesar de las modificaciones del estado social. Así pues, pueden subsistir los principales caracteres físicos de un pueblo en una gran parte de la poblacion y al través de una larga série de siglos, á pesar de la influencia del clima, del cruzamiento de las razas, de las invasiones extranjeras y de los progresos de la civilizacion; de donde se sigue que debemos hallar en las naciones modernas, si bien con cierta gradacion y proporcion mayor ó menor, los rasgos que las distinguan en la época en que la Historia nos enseñó á conocerlas. Hemos visto que si la union de nuevos pueblos multiplica los tipos, no por eso se confunde; su número se aumenta con los de estos pueblos y con los criados por ellos, á consecuencia de la mezcla de las razas; de esta manera los tipos primitivos y los de nueva formacion, subsisten al mismo tiempo, siempre que cada uno de ellos forme una gran parte de la nacion. Por el contrario, si uno ú otro es poco numeroso, debe presumirse que desaparezca, ó que deje muy débiles vestigios. No obstante, es permitida la investigacion de estos tipos, porque hay causas que bastan para conservarlos; pero si acaso no se encuentra, no lo debemos extrañar, pues seria más extraño el encontrarlos.

Los principios que nos han conducido á este resultado general, servirán tambien para su aplicacion. Por tanto, es necesario no perder de vista lo que hemos dicho acerca de la proporcion numérica y de la distribucion geográfica de los pueblos en un mismo territorio. La observacion da el estado actual; la Historia suministra los datos sobre el estado anterior, y la comparacion establece las proporciones, cuando estos pueblos se hallan en las condiciones necesarias para que puedan subsistir sus tipos. Ahora bien, habiendo visto que esta persistencia la tienen especialmente las grandes masas, ella debe guiarnos á encontrar fácilmente los descendientes de los grandes pueblos. Este objeto es mucho más digno de nuestras investigaciones, y aunque las pequeñas fracciones extrañas que á ellos se unieron despues estimulen nuestra curiosidad, no debemos por eso sentir demasiado que se sustraigan á nuestra

observacion, limitando nuestro exámen á las principales masas.

Cuando recordamos las irrupciones de los bárbaros que arruinaron el imperio romano, y que continuaron todavía por largo tiempo despues de su destruccion, la infinita série de aquellos pueblos nos espanta; sin embargo, su número no era tan grande como nos lo pinta el terror de los vencidos.

Los visigodos, los vándalos, los hunnos, los hérulos, los ostrogodos, los longobardos y los normandos, se precipitan unos tras otros sobre Italia; pero ¿qué quedó en la península de estos enjambres de bárbaros? Los visigodos, los vándalos y los hunnos la ocuparon solamente de paso; y si ignoramos las fuerzas que trajeron los hérulos y los ostrogodos cuando cayeron sobre Italia, ¿no nos basta saber que los hérulos, apenas se establecieron en el país, tuvieron que sostener contra los godos una guerra sangrienta en la que sucumbieron? Por otra parte, se puede juzgar de la debilidad de los vencedores por el pequeño número de tropas que pudieron oponer despues á Belisario, no obstante que habian tenido tiempo para consolidarse y reproducirse. Estas tropas al principio no eran más que cincuenta mil hombres, y despues quedaron reducidas á siete mil, que capitularon y fueron trasladados á Constantinopla. Nos quedaron los longobardos, que dejaron su nombre á una gran parte de Italia y que poseian más de la mitad de este territorio; pero acaso no habia entre ellos más de cien mil hombres capaces de manejar las armas. Los normandos, que se apoderaron de casi todo el Mediodía de Italia, no eran más que un puñado de hombres; la Gália cambió de nombre y de dominacion, y sin embargo el ejército de Clodoveo era poco numeroso; y despues Guillermo el conquistador subyugó la Inglaterra con sesenta mil hombres. Aquí tenemos grandes y memorables conquistas, que cambiaron la situacion de las cosas y de los hombres, pero que no han podido producir cambios notables en los tipos de los pueblos vencidos. Si algunos descendientes de los vencedores han conservado los caracteres físicos de sus antepasados, es evidente que forman pequeños grupos y están como diseminados y



casi perdidos en la masa de las poblaciones.

Hay, sin embargo, conquistas que originan grandes mudanzas; por ejemplo, las invasiones sucesivas hechas por el mismo pueblo, pues entonces se forman poco á poco grandes masas, que fácilmente se perpetúan. De esta manera se enseñorearon los sajones de Inglaterra, y su raza ha podido perpetuarse en aquel país.

Hemos supuesto constantemente hasta aquí que existen tipos característicos de pueblos antiguos, y hemos examinado si son trasmisibles, no obstante la influencia de las mencionadas causas perturbadoras. Satisfechos sobre este punto, pasaremos á otra cuestión. Si estuviese demostrada nuestra suposición, á saber, que hubo en la antigüedad pueblos con un tipo característico, entonces necesariamente, con arreglo á lo que hemos probado, estos tipos deberían existir todavía. Pero preferimos averiguar si existen hoy pueblos con tipo distinto, y despues investigar su origen en los pueblos antiguos; lo que en último análisis nos guiará al mismo resultado. Hemos llegado, pues, al punto en que puede darse cuenta de las observaciones hechas, mostrando primero los fundamentos en que se apoyan.

Los caracteres tomados de la forma y de las proporciones de la cabeza y facciones del rostro, ocupan ciertamente el primer lugar. En efecto, no se conoce á un hombre ni en la estatura, ni en la corpulencia, ni en el color, ni en el cabello, sino en el semblante; esto es, en la forma de la cabeza y en las proporciones de los lineamentos de la cara. No prescindimos de las modificaciones relativas al cabello, al color de la piel y á la estatura, cuando son bastante generales, porque entonces esta generalidad les da gran valor; pero consideramos tales caracteres como enteramente secundarios é incapaces de constituir por sí solos distinciones de raza, como no sea en casos extremos.

Esto sentado, comienzo á explicaros la serie de observaciones que he hecho en mi viaje por Francia, Italia y parte de Suiza.

Apenas llegué á las fronteras de Borgoña, comencé á notar un conjunto de formas y lineamentos que constituían un tipo particular, el cual era más manifiesto y se reproducía con

más frecuencia á medida que me internaba en el país; hasta que habiendo llegado á Chalons en un dia de mercado, me asombré al ver un gran número de fisonomías totalmente diversas de las que habia observado al principio, las cuales presentaban tipos tan diferentes, que formaban entre sí un perfecto contraste. El tipo predominante que habia visto hasta llegar á Chalons continuó presentándoseme frecuentemente en todo el resto de mi viaje por Borgoña.

Este tipo no cambió de naturaleza en el Lionésado, aunque mudó de color. Otro tanto sucedió en el Delfinado; y los mismos caracteres de formas y de proporciones, aunque con otra gradacion de color, se presentaron en la Saboya hasta el monte Cenís.

Fuera, pues, del pequeño grupo observado en Chalons, no vi desde Auxerre hasta los Alpes más que un sólo tipo.

Este territorio estaba ocupado en los tiempos más antiguos por los galos, y despues fué conquistado por los romanos, que se confundieron con aquel pueblo. Si fuese preciso atribuir el tipo de que se trata á los descendientes de los unos ó de los otros, no vacilariais ciertamente en referirlo á los galos, pues que el número más pequeño no comunica sus caracteres físicos al mayor. Pero cambia la dominacion; los borgoñones sustituyen á los romanos, y el mismo raciocinio os conducirá á la misma consecuencia, la cual subsistirá tambien á pesar de la sucesiva conquista de los francos, porque unos y otros se encontraron en proporcion igual.

La Italia me ofrecía una multitud de objetos dignos de atencion. Quería yo examinar si sobre las ruinas y entre el polvo de la antigüedad, objeto de la admiracion y del culto de tantos viajeros, vivían los descendientes de aquellos que levantaron tantos monumentos, y presentaban aún la imágen de sus antepasados.

Pasando por Florencia, aproveché la ocasion que me ofrecía la galería ducal para estudiar el tipo romano. Dí la preferencia á los bustos de los primeros emperadores, porque descendían de antiguas familias y no pertenecían, como muchos de sus sucesores, á razas extran-



teras. Cierta número de estos bustos, no sólo tiene formas y proporciones iguales, sino tambien un carácter tan pronunciado que es difícil olvidarlo. Vedlo aquí exactamente determinado. El diámetro vertical es corto, y por consiguiente el rostro ancho; y como el vértice del cráneo está más aplastado que elevado, y el extremo de la mandíbula es casi horizontal, el contorno de la cabeza, visto de frente, se acerca mucho á un verdadero cuadrado. Esta configuracion es tan esencial, que si se prolongase la cabeza, aunque se conservaran todas las demás facciones, ya no sería característica. Las partes laterales sobre las orejas son convexas, la frente baja, la nariz verdaderamente aguileña, es decir, que la curva comienza desde lo alto y termina antes de llegar á la punta, de modo que la base es horizontal; por último, la parte anterior de la barba es redonda.

Ya me esperaba yo encontrar este tipo en Roma; pero apenas entré en el territorio del papa, se me presentó con tanta semejanza de rasgos, que quedé maravillado. El mismo tipo me siguió en todo el camino á Perusa, á Espoleto y hasta Roma; y es de advertir que la semejanza no estaba sólo en el rostro, sino tambien en la estatura, que en los romanos, como sabeis, era generalmente mediana. Este mismo tipo se encuentra esparcido al Norte de Roma, no sólo por la parte de Perusa, sino tambien en la otra direccion hácia Siena, Viterbo, etc.; y no sabré decirlo hasta dónde se extiende por la parte del Mediodía.

Estas observaciones, aunque limitadas, nos dan ya indicios útiles, aplicables á la Historia. El tipo que hemos observado en los emperadores, es tambien el de gran número de soldados y ciudadanos, representados en bajos relieves y en bustos encontrados en el territorio romano, por lo cual se puede decir que es característico de los habitantes de aquellas comarcas, tanto en los tiempos presentes como en los pasados.

¿Qué debemos pensar ahora del pueblo romano? ¿Sería descendiente de Eneas y de los troyanos, formando una nacion extraña á la Italia y encerrada en el recinto de Roma? Como los campos son los que dan la poblacion á las

ciudades y no las ciudades á los campos, especialmente cuando se trata de grande extension de territorio, Roma habrá sido poblada de este modo, y muchos de los pueblos vecinos, entre otros los sabinos y gran parte de los etruscos, habrán tenido comunidad de raza con la mayor parte de la poblacion de Roma. Este hecho no habia sido hasta ahora corroborado por la Historia; antes bien, los pueblos que habitan aquel suelo estaban tan divididos en cuerpos independientes, diversos entre sí en nombre y en intereses, que los historiadores los presentaron siempre como de origen diferente. Pero Micali y Niebuhr tuvieron una idea más justa de ellos, y el hecho que acabo de referir confirma en parte sus opiniones.

Pueden los extranjeros llegar á un pueblo, dominarlo, instruirlo, cambiar su nombre y su idioma, sin alterar en general sus caracteres físicos, pues que un pequeño número puede subyugar á una multitud é influir sobre su espíritu; pero no cambiar la organizacion física, como hemos demostrado más arriba. Ignoro á qué pueblo debieron los etruscos su idioma, sus instituciones y sus artes; no sé si fué indígena ó extranjero; pero es evidente que una parte de la poblacion de la antigua Etruria tiene un tipo igual al que nosotros decimos que pertenece al pueblo romano. Pero en la Etruria domina tambien otro tipo, ya indicado por mí, y no descrito todavía.

Agrícola ha hecho los retratos de los cuatro grandes poetas de Italia, Dante, Petrarca, Tasso y Ariosto, valiéndose para esto de todos los monumentos contemporáneos de aquellos escritores. Ahora bien: comparando todos los dibujos que tuvo la bondad de comunicarme, ví que los que representaban á Dante debían parecerse mucho, pues que diferían muy poco entre sí, representándolo todos con cabeza larga, y por consiguiente poco ancha, frente alta y desarrollada, nariz corva, de modo que la punta miraba hácia abajo, alas remangadas y barba prominente.

Esta fisonomía tan bien caracterizada me hizo profunda impresion. No pensaba, sin embargo, encontrar su tipo en la Toscana, cuando por una singular combinacion de circunstan-